

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal, con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

¡Hasta el gallo!

Era muy rico, pero más avaro que rico, Don Juan Espina, y estaba más flaco que una idem. Vivía solo con una criada tan flaca como él, que se llamaba Araña, y justificaba su nombre. En medio de su avaricia, tenía un extraño capricho que le costaba buenos cuartos. Se pirraba por las aves de corral; pero ¡pásmense Vds! no para comerlas, sino para tenerlas nada más; como el dinero, para tenerlo. para guardarlo, no para gastarlo.

Pues señor, que nuestro D. Espina tenía un magnífico comedor, pues ni él ni su criada acostumbraban á mover las mandíbulas. Los cuatro balcones daban á otros tantos patios, en uno de los cuales tenía gallinas, en otro patos, en el tercero palomas, y en el último perdices, pero muchas, muchas en gran abundancia, y no se las tocaba ni á una pluma. Se las daba de comer en abundancia; pero matar una, ni pensarlo. Araña no tenía otro oficio que dar de comer á aquellos felices plumíferos.

Además de aquellas aves, tenía D. Juan en el fondo del comedor una especie de capilla ó templo de maderas finas, en el que había una dorada jaula con un gallo, pero ¡qué gallo! ni el de la Pasión. Era el gallo más hermoso de cuantos gallos han galleado en cualquier gallinero del universo. Y ¡cómo cantaba! Se le caía la baba al flaco D. Espina cuando oía los quiquiriquis agudos y sonoros de su amado gallo. No lo hubiera dado por todo el oro del mundo. Hubiera preferido perder todas las otras aves, incluso la Araña, aunque no era ave, antes que una sola pluma de la brillante y airosa de su hermoso gallo. Vamos ¡cuando digo que el gallo era la única persona, digo, la única cosa que hacía latir el corazón de D. Juan suponiendo que Don Juan tuviera corazón!... Araña amasaba cada dos días una torta flaca como ella, y no yantaban otra cosa: todo el año era para ellos viernes de Cuaresma.

—¿Por qué no se casa V.?—dijo un día Araña á su amo.

—¡Ave Maria Purísima—contestó Espina, santiguándose.—¡Casarme! ¡Con lo golosas que son las mujeres! ¡Uf! qué asco... Ahora, si encontrase una mujer económica, que no comiese... ó que comiese muy poco... entonces, no digo que no; pero ¿dónde hay una mujer que no coma?...

Visitaba D. Juan á una señora viuda que tenía tres hijas; buena familia, aunque muy pobre: la menor de las niñas era muy guapa, muy lista, muy ladina; conocía el flaco de D. Juan, y concertó con su madre el modo de castigar al avaro Espina.

Un día en que, hallándose D. Juan de visita en casa de esta viuda, se sentaron á la mesa, notó este señor que la niña no aparecía. Preguntó si estaba enferma, y la madre le dijo que no, sino que nunca asistía á las comidas, porque su hija menor no comía. Se había acostumbrado desde niña á no comer, y le repugnaba hasta ver comer á otros.

—Pero ¿eso es verdad?—preguntó D. Juan, palpitándole el corazón de alegría.

—Alguna semana come una onza de chocolate; los demás días vive del aire.

Encantado quedó D. Juan de aquel descubrimiento.

—Araña—dijo en cuanto llegó á casa, Araña. ¡eureka!

—Señor, y ¿qué es eureka? ¿Es algún nuevo pavo ó perdiz?

—No, mujer; eureka quiere decir lo encontré. Es decir, encontré lo que busco hace tanto tiempo: ¡Una mujer que no come! ¡Y guapa! Si quisiera casarse conmigo!

Pues nada, que el Espina se enamoró perdidamente de aquella joven, tanto porque no comía, como porque realmente era una preciosa mujer.

Efectuóse la boda. Ya en casa, tomaba algún pedazo de la torta flaca, pero se desquitaba luego en casa de su madre.

—Voy á ser—decía á su madre—el castigo de este avaro: déjeme V. hacer que todo se andará.

Tuvo D. Juan que hacer un largo viaje, y partió á recoger una herencia. Había de tardar tres ó cuatro meses. Se despidió de sus aves.

—No te encargo más—dijo á su esposa que estos queridos animales: cuidámelos bien; que nada les falte; pero, sobre todo, cuidame el gallo, ese gallo que es el cariño de mi corazón. Se despidió de sus aves, y al despedirse del gallo, las lágrimas le impidieron el habla; le dió un beso en las patas, y el gallo entonó un quiquiriqui! y partió el Sr. Espina, para su largo viaje.

Al otro día de la marcha, dijo la señora.

Araña, sube una gallina y guisala con arroz.

—¿Qué?—dijo la criada, creyendo oír mal.

—Que subas una gallina, la matas, y nos la comeremos.

Estupefacta quedó Araña; ¡matar una gallina! ¿Qué diría el amo?

Apremiada por la señora, subió una gallina, pero no se atrevió á matarla. La señora la mató y se la comió; pues Araña apenas la quiso probar.

Al otro día otra gallina, de la que Araña ya comió un muslito.

A la tercera ya comió bastante, como si no hubiese hecho en toda su vida otra cosa.

Y concuyeronse las gallinas.

—Ahora á las pavas—dijo el ama.

Y comiéronse las pavas, y después las palomas. Y algunas veces decía Araña:

—Pero señora, ¿y el amo?

—Eso á ti no te importa—contestaba el ama.

—Bueno—decía Araña;—yo me lavo las manos.

Y como Pilatos, á pesar de lavarse las manos, sentenciaba á muerte.

En fin, con gran contento de Araña que ya no tenía escrúpulo en matar ni en comer, se engulleron los cuatro corrales, es decir, los habitantes de los cuatro corrales.

—Ahora—dijo el ama—el gallo.

—¡El ga... el ga... el gallo!—dijo asombrada Araña.

—Claro es, el gallo—contestó con naturalidad la señora.

—Pero, señora, eso no; eso no puede ser, porque...—y se le heló á Araña la voz en la garganta.

—Si, el gallo; y si hubiese cien gallos, cien gallos caerían.

—Pues yo—dijo Araña—no toco al gallo.

—Pues yo si; ahora verás. Y abrió la jaula del gallo, que alargó el pico y entonó un sonoro quiquiriquí.

—Si; el último que entonas—dijo el ama; y retorciéndole el cuello, murió el ídolo de D. Juan Espina.

A los cinco minutos estaba el gallo como el hombre de Platón: con dos patas y sin pluma.

Un poco duro estaba; pero se lo echaron entre pecho y espalda.

Al otro día hubo carta, diciendo que venía D. Juan.

—Yo me voy de aquí—dijo Araña que estaba muy gorda y desconocida.

—Buena tonta serás; no tengas cuidado, que el amo no te ha de comer.

Llegó D. Juan; Araña salió á recibirle.

—¿Dónde está Araña?—preguntó.

—Señor, ¿qué, no me conoce V.?

—¿Tú, tan gorda?

Y al Sr. Espina le dió mala *idem* el ver tan gorda á su Araña.

Subió D. Juan; encontró a su esposa muy guapa y rozagante. Le dió un abrazo casi distraído; se dirigió presuroso á un balcón, lo abrió y no vió ninguna gallina.

—¿Y mis gallinas?—preguntó espantado.

—Nos las hemos comido—dijo tranquilamente la señora.

Y á D. Juan le temblaron los labios.

Abrió otro balcón.

—¿Y mis pavas?—gritó con rabia.

—Nos las hemos comido también.

—Y á D. Juan le temblaron las manos.

Abrió el otro balcón.

—¿Y mis palomas?—bramó de ira.

—También nos las hemos comido.

Y á D. Juan le temblaron los brazos.

Y abrió el cuarto balcón.

—¿Y mis perdices?—rugió.

—Nos las hemos comido también.

Y á D. Juan le temblaron las piernas.

Y jadeando, echando fuego por los ojos, crispadas las manos, abre la capilla de su ídolo y

—¿Y mi ga... y mi ga... y mi gallo?—aulló fuera de sí...

Me lo he comido también.

Aquí D. Juan cayó redondo en tierra, es decir, redondo no, porque no podía ser. Cayó cuan largo era, y lo era bastante.

Llamaron al médico, y dijo que le quedaban pocos momentos de vida.

Su esposa, muy afligida (ó simulando

estarlo), se hallaba á la cabecera de la cama.

Quedó D. Juan con los ojos desecados, mirando fijamente, y diciendo únicamente con voz entrecortada:

—¡Hasta el gallo! ¡Hasta el gallo! Que quería decir: «Me las han comido todas; hasta el gallo, que era mi ídolo.»

Pero la astuta mujer, decia sollozando

— ¡Pobre esposo mio! ¡Cuánto me amaba, que me lo deja todo: hasta el gallo, que es lo que más quería!

Vino un notario.

—¿Que dispone V. de sus bienes?

—¡Ay!—saltó la señora;—que todo me lo deja á mí.

Y el enfermo repetía invariablemente:

¡Hasta el gallo! ¡Hasta el gallo!

Y consignó el notario que dejaba heredera á su esposa, hasta del gallo, que todos sabían cuánto le adoraba D. Juan.

Y continuaba el Espina diciendo:—

¡Hasta el ga... hasta el gallo! Y diciendo hasta el gallo, en lo que todos creían

ver confirmada la herencia de su esposa, exhaló el último suspiro D. Juan Espina, del sentimiento de ver muertas sus aves

De este modo quedó castigada la gallolatría de aquel avariento cicatero.

Y se verificó lo que dice el libro de la Sabiduría: «Por las cosas en que más peca, por las mismas es atormentado.»

La viuda repobló los corrales. Llenáronse de aves como jantes; pero no como presidio perpétuo, sino como temporal, de donde salían todas sin apelación para la cazuela.

JOAQUÍN MARTÍNEZ LOZANO.

Las zapatillas

Labriego sin ambición,
ni espléndido ni ruín,
vive el «tío Juan Chinchín»
en la ciudad de Chinchón.

Alegre la vida pasa,
y es su ocupación entera
ir de su casa á la era
y de la era á su casa.

Cosechero y labrador,
nunca del lujo fué amigo,
tiene tres viñas y un trigo
y seis pares de labor.

Hace cada año su agosto;
ni triunfa ni pasa apuros,
y tiene unos tres mil duros
entre los granos y el mosto.

Su cuerpo sano y fornido,
con pardo traje resguarda,
y su gramática es «parda»
lo mismo que su vestido.

Su nombre de pila es Juan;
lo de Chinchín es un mote,
su apellido es Castellote
de los Santos y Guzmán.

Es de humilde condición
y de origen noble es,
y tuvo un tío marqués
y un bisabuelo barón.

La suerte en su afán impío
da al mundo cada mandoble,
que hay «tío que sube á noble
y noble que baja á tío.»

Y pongo á su origen fin,
pues tiempo me va á faltar
para poderles «contar»
el cuento del «tío Chinchín.»

La comezón os agobia
por mi detallar prolijo:
el tío Juan tiene un hijo
y el hijo tiene una novia.

Novia, que con gran contento
del padre, el chico ha buscado,
y hace un año que se han dado
palabra de casamiento.

Mil labores primorosas
la pobre chica aprendió,
y al tío Juan le bordó
dos zapatillas preciosas.

Pensó el tío sin recelo
que valian un tesoro.—
Eran bordadas en oro
sobre rojo terciopelo.

Le vinieron de perillas,
y llegó un día por fin
que el pobre «tío Chinchín»
se puso las zapatillas.

Esa fué su perdición;
que al verse tan bien calzado
vióse al punto precisado
á comprarse un pantalón.

Y ya el derroche no evita,
pues, al comprarlo muy hueco
pidió el pantalón chaleco,
y el chaleco una levita.

Y yendo así viento en popa,
se compró, pues ya se ve,
camisa de cuello en pie
y hasta sombrero de copa.

Por lo de «tío» no pasa,
porque ya no es un cualquiera,
ni va de casa á la era
ni desde la era á casa.»

Dejó de ser labrador,
y arrendó mal á un amigo
los tres viñedos, el trigo
y los pares de labor.

Puso casa más decente,
y el desventurado Juan
de los Santos y Guzmán
quisó alternar con la gente.

Cuando la ambición empieza
nadie la ataja después.
La riqueza de los pies
se le subió á la cabeza.

Y aunque era tan animal,
llegó su locura rara
hasta á presentarse para
diputado provincial.

Ser animal es probado
que eleva de cierto modo,
pero él tan negado y todo,
no logró ser diputado.

Y exhausta la faltriguera,
las zapatillas maldijo:
se peleó con el hijo
y con la futura nuera.

Y de bajón en bajón
murió en la miseria al fin
el pobre «tío Chinchín»
de la villa de Chinchón.

¡En esto vienen á dar
las almas mejor templadas
si se dejan deslumbrar!
¡A veces las pierde un par
de zapatillas bordadas!

J. V.

Reglamentación de la sed

Los grandes calores que en la actual época sufrimos, nos hacen sudar el kilo y este exceso de pérdida de líquidos de nuestro organismo determina un aumento considerable en la sed que sentimos; no es extraño, pues, que durante el estío nos veamos precisados á ingerir grandes cantidades de agua refrescada precisamente en el rezumante botijo ó en la jarra de Abdújar.

Pero el agua fresca ingerida con asaz frecuencia determina trastornos en nuestro aparato digestivo (cól-

cos y diarreas estivales que es preciso evitar.

Para ello necesitase regimentar higiénicamente la sed, cosa que se consigue fácil y beneficiosamente teniendo en cuenta y practicando los preceptos siguientes:

1.º Para evitar trastornos digestivos es indispensable no beber agua ni líquido alguno durante las tres horas subsiguientes á las comidas.

2.º Es muy conveniente ingerir en ayunas un vaso de medio cuartillo de agua fresca.

3.º El agua sólo debe utilizarse en gran cantidad durante las comidas.

4.º Para aplacar la sed estival basta enjuagarse la boca y bañarse la laringe (garganta) con agua fresca acidulada con vinagre.

5.º Pasadas las tres horas de las refacciones alimenticias puede hacerse uso de bebidas acidulas carbónicas (gaseosas de limón, grosella ó frambuesa) horchata de almendras ó chufa y cerveza.

6.º El mejor refresco consiste en un vaso de agua con una cucharada de jarabe concentrado de café y unas gotas de cognac y limón.

7.º Los helados deben proscribirse en absoluto, pudiendo hacer uso de ellos únicamente después de las comidas fuertes.

8.º El agua potable para la bebida usual en comidas fuertes debe esterilizarse hirviéndola, filtrándola y refrescándola previamente.

Con estos sencillos preceptos puede tenerse seguridad de regimentar la sed de modo que será difícil que se originen los trastornos digestivos tan frecuentes en la actual época de verano.

E. P. D.

En Villanueva y Geltrú ha fallecido nuestro suscriptor D. Salvador Tomas, Pbro.

A nuestros lectores piadosos suplicamos una oración por su alma.

Bien contestado

Llegó un sacerdote alemán á hospedarse en un hotel en que había mucha gente de *trueno*.

Los huéspedes no estaban acostumbrados á ver entre ellos un sacerdote; se quedaron sorprendidos cuando vieron llegar á éste á la mesa, y comenzaron á molestarlo con invectivas que cada vez eran mas insolentes y soeces.

El sacerdote tomaba su comida sin decir una sola palabra ni hacer demostración alguna de desagrado, lo que hacía que los comensales redoblaran sus procacidades.

Por fin terminó la comida y se levantó de la mesa, pero uno de aquellos, el más despechado quizá por el silencio del sacerdote, le dijo:

—Me maravilla su paciencia. ¿No ha oído usted todo lo que se le ha dicho?

—Sí, pero estoy acostumbrado á eso. ¿No sabe usted quién soy?

—No, señor.

—Bien, pues yo soy capellán de un asilo de locos; así es que todas sus vociferaciones no me hacen ya ninguna impresión.

CHARLA

—¡Antonio!... ¡Antonio!! ¿A dónde vas con esa cara de desesperado?

—Déjeme V.... voy á tirarme á la mar.... ¡Adios para siempre!

—Concédeme siquiera antes de morir unos minutos....

—No puede ser, porque despues puedo no tirarme.

—Eso quiero yo, que no te tires y que sigamos siendo buenos amigos. Vamos, cuéntame lo que te pasa.

—Que mi mujer acaba de subírseme á las barbas y hasta mi hija tambien y eso yo no lo quiero consentir.

—¿Y para no consentirlo ibas á sepultarte en el mar? ¿Ibas á cometer el disparata mayor que pensar se puede?

—¿Le parece á V. poco faltarme al respeto la mujer y la hija?

—¿Y vas á remediar ese desbarajuste case-ro, del que aun no sabemos quién tendrá la culpa, sepultándote ¡para siempre! en los profundos infiernos?

—¿Quién cree en eso ya? Quien se muere descansa.

—¿Si, eh? pues menudo chasco te ibas á llevar si llegas á consumir tus propósitos.

—Y los consumiré.

—No harás tal si es que no has perdido aun el uso de la razón; ya que fe no la tienes.

—¿Y quien no la pierde con las cosas que á mí me pasan?

—Vaya, que si ahondamos un poquito en esas cosas que á tí te pasan ¿á que tienes tú la mayor culpa?

—¿Yo.... por qué?

—Siéntate aquí un rato cormigo y charlemos.

—Entonces... ¿ya no me tiro?

—Despues que hayas arreglado tus asuntos, si te parece.

—Es que á casa no vuelvo. Mi dignidad ofendida....

—Tu dignidad ofendida te hará ir á casa á reparar la ofensa y á vivir como Dios manda para evitarte disgustos.... ¿Lloras?

—¡Soy muy desgraciado!

—Ya lo veo. Vayamos á buscar el origen de tu desgracia á ver si podemos remediarla.

—Imposible.

—Nada hay imposible para el hombre de buena voluntad. y menos para Dios.

Dime; cuando vinisteis del pueblo á trabajar á la villa ¿teniais mas recursos... mas dinero que ahora?

—¡Qué! mucho menos; en mi casa no entraba mas que mi jornalito de tres pesetas diarias, con las que nos íbamos arreglando mi mujer y mi chiquilla, entonces de seis años.

—Hoy ya se que teneis hasta vuestra casita propia y que á ti no te falta dónde ganar buen jornal ¿no es asi?

—Así es.

—¿Y cuándo erais mas felices, entonces ó ahora?

—Entonces

—¿Por qué si viviais con estrechez?

—Qué se yo. Había paz, alegría....

—¿Y quién os las arrebató, Antonio?

—¡No lo sé!

—Sí, sí lo sabes, pero no quieres reco-

nocerlo... Dispénsame la intimidad, es necesaria. ¿Rezais ahora todos los dias el rosario como en aquellos tus tiempos de paz y alegría?

—No señor.

—¿Vais á misa los dias de fiesta.?

—Mi mujer algunas veces creo que va... no me ocupo.

—¡No te ocupas! ¿Os estimulais ahora al bien, leyendo como antes las vidas de los santos?

—En mi casa ya no se lee nada de eso.

—En tu casa lo que se lee, lo he visto varias veces y os he reprendido por ello sin que me hicierais caso, es el periódico impío que á cambio de cuatro noticias de información, más ó menos verídica, os va envenenando el alma poco á poco. En tu casa lo que se lee ahora, es la revista escandalosa; es la novela inmoral, anticristiana por todos conceptos, que tu hija *devora* sin cesar y que tu mujer admite y comenta con insano afán. He ahí al enemigo de tu dicha, y de tu alma: primero os quitó la fe y despues á tí iba ahora á sepultarte en los mas atroces tormentos que no tienen fin, y á tu mujer y á tu hija quién sabe lo que «esas lecturas prohibidas» les reservará en lo porvenir... quizás la deshonor.... tal vez algo peor... su perdición eterna.

Con qué rigurosidad llevó siempre mi padre (que en gloria esté) la educación cristiana de la familia. Por nada ni por nadie consentía en sus dominios una mala lectura, él no me permitió jamás asistir á diversiones que no fuesen lícitas, ni el trato con malas compañías. Tampoco en mis padres sorprendí nunca nada impropio de buenos cristianos. ¡Cuánto bendigo hoy aquella escrupulosidad en mi educación. Con el incomparable tesoro de la fe que me legaron soy feliz, aun en medio de las contrariedades y tribulaciones de la vida. ¡Dios les haya otorgado el premio merecido!

—Ahora es V. el que llora.

—La pérdida de unos padres así se siente siempre.

—Pues volviendo á lo mio, yo quisiera que V. hubiese visto aquella mi mujer hecha una harpía y aquel basilisco de hija frente á mí, despachándome de casa, nada mas que porque les rechacé la comida que estaba mal condimentada. ¡Vaya un respeto á mi autoridad!

—En la casa donde no se respeta la Autoridad Suprema que es Dios, las demás autoridades no solo resultan desobedecidas sino ridiculizadas y atacadas. Esta es una verdad que no necesita demostración.

—En mi caso ¿qué hubiese V. hecho, vamos á ver, andar á palos con la una y con la otra?

—¿A palos? Eso no es modo de poner orden en una familia, eso nunca dió buenos resultados. Ya sé que muchos de tu condición acuden á ese argumento, pero vete á ver lo que remedian.

—Ya lo se que nada y por lo mismo para acabar de una vez iba....

—Hacer el mayor y mas irreparable de los disparates que el hombre puede cometer en este mundo. ¡Morir en desgracia de Dios! Ven acá, infeliz ¿qué importa que tú no creas en otra vida de premios y castigos si esa vida existe y á ella hemos de ir todos á parar. ¿Se evita el peligro solo con cerrar los ojos?

—Entonces ¿qué tengo que hacer?

—Mucho llevas andado por la senda del mal, así que, únicamente con paciencia y confianza en Dios que te ayudará si ve en ti buena voluntad, procura desandar lo andado, enmendar tus yerros, cuidar mejor de tus deberes de padre de familia y de esposo. Ni tu mujer ni tu hija son de mala condición, yo te prometo, por tanto, que no fardarás en sentirte feliz como en los primeros tiempos; que tu hogar será otra vez el hogar de la paz y de la dicha.

—¡Ojalá! pero... yo no voy sólo a casa.

—Te compré; iré yo contigo.

—Muchas gracias, lo estaba deseando.

Una anécdota de Lagartijo

Allá por el año 1882, toreaba un día en una de las corridas de abono en la plaza de toros de Madrid el inolvidable Rafael Molina, *Lagartijo*, y momentos antes de comenzar la fiesta se hallaba el mencionado diestro con los demás espadas rodeado de amigos y aficionados en la sala de toreros.

Junto a la puerta de entrada se habían quedado formando coro varios banderilleros de las diferentes cuadrillas, y como se comentara en un grupo el trapío y respeto de los toros enchiquerados, ponderándolos hasta la exageración, uno de los peones de la audia, en una exclamación de espontánea... jindama, lanzó redonda una blasfemia horrible.

Al oír la *Lagartijo*, que hablaba en aquel momento con los amigos que le rodeaban, se irguió como sacudido por una descarga eléctrica, y alzando la voz y dando a la palabra una expresión solemne se dirigió al imprudente blasfemo, y le dijo:

—«Oye tú, ¿con qué cara te presentarías tú delante de ese divino Señor que acabas de insultar, si te cogiera un toro esta tarde?»

El banderillero así interpelado, con visible emoción balbuceó torpemente algunas palabras de disculpa, y en cuantos presenciaron la escena no dejaron de hacer efecto las palabras del maestro y la solemnidad con que fueron pronunciadas.

Sabido es que *Lagartijo* murió como un buen cristiano, encomendándose fervorosamente a la Virgen, y con los ojos fijos en un cuadro de Nuestra Señora de la Soledad que hizo ponerse al alcance de su vista.

El radicalismo de un Papa

Con motivo de haberse abordado en el Consejo municipal de Roma la cuestión de la carestía de las habitaciones, recuerda *L'Osservatore Romano* una ley sobre inquilinatos dada por León XII que es una enérgica limitación impuesta al derecho de propiedad a nombre del supremo interés público.

No es esto, por lo demás, una rareza en la historia de los Papas. Harto conocidas son sus disposiciones castigando con la pérdida de sus tierras a los propietarios que las dejasen sin cultivar.

Los propietarios de casas, prevaleciendo de las peculiares condiciones en que entonces se hallaba Roma—una gran población flotante frente a la escasez de viviendas—cometían todo género de abusos, llegando, por ejemplo, a aumentar el precio de las casas en 12 y 14 escudos, fundándose en que el príncipe de Roma había establecido un impuesto de un escudo sobre las mismas.

A estos abusos puso coto León XII con la ley en cuestión, de cuyas disposiciones sólo tomamos una a guisa de muestra. Por ella se protege al inquilino contra las violencias de los dueños de casas, estableciendo que el inquilino que haya pagado el alquiler de una casa tres años consecutivos, tendrá derecho a permanecer en ella indefinidamente pagando igual alquiler.

Como se ve, los Papas eran más «radicales» que ciertos «radicales».

Un carbonero y un papagayo de la Prensa

Peroraba un infeliz lector de periódicos neopaganos, vulgo liberalista, acerca del ateísmo en la enseñanza, y decía ahuecando la voz y arqueando las cejas:

—Para que triunfe la fraternidad universal es menester acabar con toda religión, emancipar a la humanidad de la divinidad.

Y un carbonero, desmochando un árbol, exclamaba:

—¡ajajá! para que estas ramas estén más y más unidas al árbol, con cortarlas basta.

—¿Qué murmuras, carbonero rústico?—dijo el *periodiquero* ilustrado.

—Que los hermanos son hermanos por ser hijos de un mismo padre, y vosotros, los *leídos y escritos*, suprimís el padre común para que resulte la fraternidad universal; disparate no inferior al que para unir más las ramas de éste árbol comenzara por separarlas del tronco, cortándolas ó desmochándolas.

Andrés Manjón

Nobles palabras

Hace poco tiempo, el candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, Mtr. Taft, leía a la Cámara una relación de su visita oficial a Filipinas, en la que se encontraban estas palabras, precioso testimonio de su deferencia hacia la Iglesia:

«Una de las mayores desgracias que hayan caído sobre las Filipinas, es la destrucción de las iglesias católicas.

«La Iglesia católica es allí un instrumento de paz y contribuye a mantener el orden público. Importa, pues, sostenerla, aun cuando no sea más que en interés del Gobierno.

«Considero a la Iglesia católica como la mayor potencia de cristianización del mundo.

«No formo parte de esta Iglesia; pero cualquiera que la haya visto en medio de aquel país, no puede dejar de reconocer el bien que le ha hecho.»

Sección Recreativa

ANÉCDOTAS

—Me alegro de encontrarte, porque tengo que pedirte dos favores.

—¿Cuáles?

—Que me prestes diez duros y no se lo digas a nadie

—¡Hombre! dos favores a la vez no puede ser; pero uno sí. No se lo diré a nadie.

Unos borrachos están en una taberna y mientras discuten, a uno le cae una mosca en el vaso y preparándose a beber dice muy serio.

—Arriecoge las patas, que vas de viaje.

—¿Oye, chacho, cuántos baños llevas daos?

—Este es el primero.

—¡Qué casualidad! llevas uno más que yo.

—El casamiento de mi hijo—decía un *cucólogo* que hacia puntería a una novia rica—es para mí de un interés capital.

A lo que replicó un chusco;

—Y para el hijo de usted un capital con intereses.

Fué el médico titular de un pueblo a tomar posesión, y observó que todo el cementerio estaba cubierto de hierba.

Como preguntase la razón de ello, le contestó el secretario del Municipio:

—Señor; está así porque hace años que aquí no se entierra a nadie.

—Pues poco he de poder;—exclamó el médico enérgicamente—o evitaré eso de aquí para adelante.

Solución al problema del número anterior: 34 peras: dos docenas a 2 reales y las diez peras restantes a cinco céntimos hacen 4 más 2=6.

32 peras; una docena a 2 reales, y 20 peras a cinco céntimos: total 2 más 4=6.

36 peras; tres docenas a 2 reales, =6 reales.

BIBLIOGRAFIA

La Sociedad Católica «Centro Moral Instructivo» de Gracia Barcelona, nos ha remitido magnífico cartel anunciador del «Certamen Histórico Literario a la honorable memoria del Conde de Barcelona y Rey D. Jaime I el Conquistador, que se celebrará el día 25 de Octubre próximo, con motivo del VII Centenario del nacimiento de este gran Rey.»

Agradecemos a la importante dicha Sociedad el recuerdo a la vez que la felicitamos por sus entusiasmos, dignos de imitación, en celebrar las glorias patrias.

Correspondencia Administrativa

Sra. D.^a E. V.—S. P. de Tiraña.—Anotada su suscripción y recibido su importe hasta fin Enero 1909.

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Imp. de «El Popular»